

traje de pecador, es proclamado por Simeon que le recibe en sus brazos, Salvador de la humanidad. ¡Disposiciones admirables de la divina sabiduría!

Sublime enseñanza la que se desprende de cada uno de estos tres misterios. María Santísima obedeciendo con presteza una ley que no la obligaba, nos enseña á obedecer las leyes divinas y humanas, y confunde el necio orgullo de los que aspirando á una independencia absoluta, menosprecian todo principio de autoridad, sin reconocer mas leyes ni reglas de conducta que las veleidades del corazón y los caprichos de la fantasía. Jesucristo confundido con los pecadores y ofreciéndose desde su infancia al Eterno Padre, no solamente nos recuerda su infinita caridad á favor nuestro, sino que escogiendo por altar los brazos de su Madre, parece enseñar al mundo que ella sería en los tiempos futuros la medianera de intercesión de los humanos, por cuyas manos habían de ofrecerse al Señor. Finalmente, el cántico de Simeon, deseando ya morir porque sus ojos han visto al Redentor, nos hace conocer que no hay dicha mas positiva que conocerle y observar su doctrina.

CAPITULO IX.

Habiendo Herodes formado el proyecto de quitar la vida al Niño Dios, un ángel lo avisa á José, intimándole la orden de partir al Egipto con el Divino Infante y su Madre. Se dá una breve noticia de la trágica muerte del primer perseguidor de Jesucristo.

Bien pronto empezó á tener cumplimiento el fatídico anuncio de Simeon, y el que había descendido del cielo por nosotros y nuestra salud, empezó á experimentar sin haberse aun desenvuelto de las fajas de la infancia la contradicción y las persecuciones. Vimos en el capítulo VII, que Herodes al tener conocimiento de la llegada de los Magos á su corte, é informado del objeto de su viaje, les había suplicado que así que encontrasen al nuevo rey que buscaban, volviesen para noticiarle el lugar en que se hallaba, pues que él también quería ir á buscarle para ofrecerle homenaje de adoración. También advertimos que su objeto era el mas criminal, pues que bajo el velo de la hipocresía con que cubría sus pensamientos, ocultaba el inicuo proyecto de asesinarle, temiendo fuese causa aquel Niño de que él perdiese el cetro y la corona que no poseía por derecho sino por la usurpación.

Lleno de impaciencia había esperado, aunque en vano, la vuelta de los Magos, que según vimos antes se volvieron á su país por distinto camino del que habían traído, obedeciendo á la voz de la revelación. Conocer que había sido burlado y llenarse de rabia y desesperación fué todo una cosa: en el momento determina no perdonar medio alguno por

sanguinario que fuese, á fin de que el tierno infante, cuyo nacimiento tanto le habia turbado, cayese bajo el filo de la espada. Empero la Providencia velaba por la conservacion de aquella vida que un dia, llegado que fuera el momento señalado en los consejos de la Trinidad Beatísima, habia de ofrecerse en el leño de la Redencion. Un ángel avisó del peligro á San José para que pusiese á salvo la existencia del divino Infante. Veamos cómo nos lo esplica el sagrado testo: «Despues que los Magos se fueron, hé aquí que un ángel del Señor apareció en sueños á José, y le dijo: Levántate y toma el Niño y á su Madre y huye á Egipto, y permanece allí hasta que yo te dé aviso, porque ha de acontecer que Herodes busque al Niño para matarle. Levantándose José tomó al Niño y á su Madre, de noche, y se retiró á Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo que dijo el Señor por el Profeta: *De Egipto llamé á mi Hijo* ¹.

De tal modo se inauguran las persecuciones y padecimientos del divino Salvador. Dice la V. Agreda que la Santísima Virgen fué prevenida aun antes que San José para verificar la partida á Egipto, pero el Evangelio no nos dice mas que lo que acabamos de citar.

La fuga á Egipto es considerada como el segundo dolor de los siete principales que atormentaron durante su vida, el corazon de la Madre de Dios, que como vemos no tardó en seguir al primero, motivado por el vaticinio de Simeon. Los hombres dotados de mas valor y serenidad, se han encontrado débiles al solo pensamiento de abandonar su patria, y los que no temblaron al frente de un poderoso ejército en los campos de batalla, vertieron lágrimas, al verse

1 Math. II, 13-15.

obligados á buscar en tierra estraña el reposo y la tranquilidad que les negara el suelo pátrio. Asi comprendemos como los hijos de Israel, lloraban amargamente, sentados junto á los rios de Babilonia, al recuerdo de Sion, y que cuando los mismos que les habian conducido les suplicaban que entonasen himnos de los cánticos de Sion, contestaron sin querer descolgar de los sáuces los instrumentos músicos: «¿Cómo hemos de cantar cánticos del Señor en tierra ajena? ¿Será posible que nosotros podamos olvidarnos, ni por un momento de nuestra amada Jerusalem? ¿Podremos alegrarnos fuera de nuestra patria? ¡Ah! Péguenos la lengua al paladar, si Jerusalem no fuese el punto principal de nuestra alegría ¹». Asi tambien comprendemos como Jacob, obligado á buscar en Mesopotamia un asilo contra las persecuciones de un hermano, rival de su primogenitura, no cesa ni por un momento de dirigir sus miradas hácia la patria de cuya posesion se vé privado ², y como David, obligado á huir de la persecucion de Saul, errante por los bosques, suspira amargamente al recuerdo de Jonathás su inseparable amigo ³.

Sin embargo, estos hechos que acabamos de citar no sirven para poder apreciar dignamente y comprender toda la amargura de que rebosó el corazon purísimo de María al tener que abandonar á Belen, emprendiendo la fuga para Egipto. Aquellos eran afligidos por sus propios padecimientos, mientras que María, mujer heroica, singular en la resignacion, como lo era en todas las virtudes, siente, no sus propios trabajos, sino los que vé va á experimentar el Hijo que formaba sus delicias, y de quien conocia la grandeza y

1 Psalm. CXXXVI.

2 Gén. XXVIII.

3 I. Reg. XXIII.

dignidad. Apenas ha escuchado la orden de su esposo, al que obedecía y respetaba, se dispone para emprender el viaje. Poco tiempo podia ocupar el santo matrimonio en hacer los preparativos de la marcha: la pobreza en que vivian les quitaba estos cuidados: la bendita Madre recoge los pañales y pobres vestidos que tenia, y con el corazon partido de pena y de dolor se dirige al sitio donde reposaba el Divino Jesus, y contemplándole dormido no puede menos de verter un torrente de amargas lágrimas, al considerar, que siendo el soberano de la naturaleza, el monarca de los siglos, ante cuya presencia se estremece hasta el hondo abismo, se vé obligado á huir á tierra extranjera para evitar la saña de un rey inicuo, de un hombre miserable, que esconde bajo la brillante púrpura que le cubre, un corazon de tigre. La venerable historiadora de Agreda, pone en labios de la Santísima Virgen estas amorosas palabras: «Huye, querido mio, y sea como el cervatillo y el cabrito por los montes aromáticos: venid, querido mio, salgamos fuera, vámonos á vivir en las villas. Dulce amor mio, Cordero mansísimo, vuestro poder no se limita por el que tienen los reyes de la tierra; pero quereis con altísima sabiduría encubrirle por amor de los mismos hombres. ¿Quién de los mortales puede pensar, bien mio, que os quitará la vida, pues vuestro poder aniquila el suyo? Si vos la dais á todos, ¿por qué os la quitan? Si los buscáis para darles la que es eterna, ¿cómo ellos quieren daros muerte? Pero ¿quién comprenderá los ocultos secretos de vuestra Providencia? Ea, Señor y luz de mi alma, dadme licencia para que os despierte, que si Vos dormís, vuestro corazon vela¹.»

1 Obra citada.—Parte 2.^a Lib. IV, cap. XXI.

No habia tiempo que perder: el peligro estaba advertido, y era necesario alejarse de él. María tomó en sus brazos el celestial tesoro, y tomando el Santo Patriarca el báculo del viajero, la santa familia salió de Belen, dispuesta á atravesar un camino de mas de cien leguas, de las cuales unas cincuenta eran de desierto. Carecian de recursos, pero no hay riqueza mayor que la ciega confianza en la Providencia, y esta les acompañaba. El emprender aquel viaje en tales circunstancias hubiere hecho estremecer á cualquiera otra familia; pero si María se estremece es á la consideracion, no de la aspereza del camino que tenia que atravesar, sino al pensamiento de que podian encontrar algunos salteadores de los muchos que hacian de aquellos caminos teatro de sus crímenes, y que pudiesen maltratar al Hijo de sus entrañas.

El poético Orsini nos habla de una tradicion, que refiere de este modo: «Ellos habian pasado mas allá de Anathos, y se dirigian por el lado de Rámila á fin de bajar á las llanuras de la Siria; con el afan de sustraerse á una peligrosa vecindad habian aprovechado algunas horas de la noche, cuando vieron desembocar de una oscura barranca unos hombres armados que les impidieron el paso. El que parecia ser jefe de esa tropa de bandidos se avanzó del grupo hostil para reconocer á los viajeros. José y María se habian detenido mirándose con inquietud. Jesus dormia. El salteador, que venia para tomar sangre ú oro, arrojó una mirada de asombro sobre aquel hombre venerable, sin armas, muy semejante á un patriarca de los antiguos tiempos, y sobre aquella mujer cubierta de un velo que parecia querer ocultar su Hijo en su corazon; tanto era lo que le apretaba contra su pecho con el afan mas doloroso. ¡Ellos son pobres (dijose el bandido á sí mismo) y viajan

»de noche como unos fugitivos!... tal vez tenia tambien un
»hijo en la cuna; tal vez la atmósfera de dulzura y miseri-
»cordia que rodeaba á Jesus y á Maria, obró sobre esa alma
»feroz: él bajó la punta de su lanza, y tendiendo á José una
»mano amiga le ofreció hospedaje para la noche en su forta-
»leza, suspendida al ángulo de una roca como el nido de una
»ave de rapiña. Este ofrecimiento hecho con franqueza fué
»acogido con una santa confianza, y el techo del bandido fué
»en esta ocasion hospitalario como la tienda del árabe ¹.»

Nada de inverosímil tiene esta leyenda: lo que si nos parece un cuento siguiendo el parecer del mismo Orsini, es que el tal bandido, fuese Dimas el buen ladrón que murió en el Calvario al lado de Jesucristo. Creemos que la acción benéfica hecha con Jesus y sus Padres por el salteador de caminos, seria premiada, con luz que haciendo conocer á aquel hombre sus delitos, le moviese á detestarlos y á entrar en la via de los hombres honrados. Sea en fin de esto lo que quiera, sigamos nuestra narración. Es indudable que en tan dilatado viaje hecho sin ninguna clase de comodidades, hubieron de sufrir los santos esposos mil privaciones y no pocas zozobras que necesariamente se aumentarían al llegar las noches: el mas mínimo rumor, el ruido del aire, todo haria temblar á aquella tierna y cariñosa Madre, creyendo si vendrían en persecución del precioso tesoro que conducía en sus brazos. No así tiembla y se abate el navegante cuando en medio de una desecha tempestad, ve combatido el bajel por el impulso de encrespadas olas que amenazan sumergirle, como tembló María al solo pensamiento de si podrían darle alcance los emisarios de Herodes. Creemos que esta Madre singular desahogaría los sentimien-

¹ Orsini. Obra citada, lib. XIII.

tos de su tierno corazón, dirigiendo al divino Infante, estas ó semejantes expresiones:—¿Es posible que habiéndote humanado para dar la salud al mundo, así seas perseguido por los hombres? ¿No eres tú el monarca de las eternidades, el dueño del universo? ¿Por qué, pues, te ves obligado á huir cual si fueses un malhechor? ¡Hijo de mis entrañas! ¡cuán vehemente es el dolor que atraviesa el corazón de tu Madre! Y dirigiendo sus miradas al cielo, pediría al Eterno Padre sus soberanos auxilios. ¡Oh Dios de mi corazón, esclamaría, enviad sobre esta vuestra humilde esclava, toda suerte de trabajos y adversidades, pero protegéd la vida de mi inocente Jesus. ¡Padezca yo, pero que nada tenga que padecer el que es vuestro Hijo, y un Dios con vos!! ¡Heroicidad admirable en una Virgen delicada que aun no contaba quince años de edad! Superior á los trabajos y á la adversidad no se queja de la Providencia, y si de tal modo sufre, no es por ella, sino por su Hijo, que era el único objeto que resumía todos los afectos de su alma: si molestado del frío el tierno parvulito, buscaba en el regazo maternal el calor vivificante, ó si obligado por la necesidad aplicaba sus labios á los pechos de una madre debilitada por el natural cansancio del viaje y tan gran número de molestias, redoblaba sus golpes la cruel espada de dolor que atravesaba el alma de María.

Tocaron por fin el término de su viaje, y aquella familia, la mas santa que conocieran los siglos, entraron en Egipto, ciudad idólatra y tan rica como soberbia, donde no contando con deudos ni amigos, no habían de tener otros medios de subsistencia que el trabajo del bendito Patriarca. Jesus se hallaba ya fuera del peligro, y á salvo de la persecución del inhumano monarca que había jurado su estermio. Hiélase la sangre en las venas al contemplar la bárbara

determinacion de Herodes, ordenando que fuesen muertos al filo de la espada todos los niños de dos años abajo que se encontrasen en las comarcas de Belén, creyendo que de este modo no podria escapar de la muerte el tierno Infante, objeto de su odio, y cuya existencia le era insoportable. Hé aquí los términos en que San Mateo nos dá cuenta de tan bárbara escena: «Entonces Herodes, viendo que habia sido »burlado por los Magos, se irritó sobremanera y mandó »matar todos los niños que habia en Belén y en toda su comarca de dos años abajo, conforme al tiempo que habia »averiguado de los Magos. Entonces vióse cumplido lo que »habia sido dicho por Jeremías, profeta, con aquellas palabras: Es Raquel que llora sus hijos, sin querer consolarse »porque ya no existen ¹.» ¡Mónstruo de iniquidad y de barbarie cual jamás lo conocieron los siglos! Creemos oportuno dar aquí una breve noticia de la asquerosa muerte con que fué castigado por el cielo este monarca sanguinario.

La degollacion de los niños de Belén, á los que podemos considerar como las primicias de los innumerables mártires de Jesucristo, pues que murieron en odio suyo, ocurrió en el mes de febrero, segun los cálculos de Pezron en su Historia Evangélica. Herodes que contaba entonces cerca de setenta años, y que se hallaba agoviado á causa de los gravísimos disgustos de su reinado, y mas de sus propios desórdenes, cayó enfermo al mes siguiente de haberse ejecutado su inhumana sentencia, y de tal gravedad, que á los pocos dias de enfermedad todos desconfiaban de su vida. Una vida pasada en la maldad y en el crimen, tiene que dar por resultado una muerte desgraciada, y así sucedió á Herodes. Su cuerpo cubierto de sarna le producía una come-

¹ Math. II, 16-18.

zon irresistible, y el mal olor de su aliento hacia que nadie pudiese acercarse á su lecho, siendo inútiles cuantos medicamentos se le aplicaban. Llegó por fin á conocer que su muerte era inevitable, y que estaba cercano el momento en que iba á perder el trono y la vida á un mismo tiempo. No por esto se arrepintió de sus maldades: antes, por el contrario, lleno de rábía y desesperacion al ver que no podia librarse de la muerte, formó otro proyecto no menos inhumano y cruel que el que realizara con la degollacion de los inocentes. Mandó que todos los grandes y principales de entre los judios se presentasen en Jericó; y despues que hubieron llegado mandó encerrarlos en el Hipódromo, lugar donde se celebraban las corridas de caballos, pero sin comunicar á nadie su proyecto por entonces. Luego que se hubo ejecutado su orden llamó á su hermana Salomé y al marido de esta, y les habló de este modo: «Luego que yo espire, cercarán mis soldados el Hipódromo, y les mandareis en mi nombre que maten á flechazos á todos los caballeros allí encerrados, sin escepcion alguna. Con esto, añadió, todo el reino llorará al tiempo de mi muerte, y mis exéquias serán las mas célebres del mundo ¹.» Esta cruelísima orden no llegó á ejecutarse. Tal fué el carácter y tales los sentimientos del primer perseguidor de Jesucristo. Murió como suelen morir los malvados, en el oprobio y la desesperacion, y mientras la memoria de los santos inocentes de Belén pasa en bendicion á través de las generaciones, el nombre del pérfido verdugo que los sacrificara en el vértigo de sus crueles celos y desmedida ambicion, es pronunciado con horror por todos los que no han renunciado á la razon y á los sentimientos humanitarios.

¹ Josefo, lib. XVII, cap. VIII de las *Antig.* Y lib. I, cap. XXI de *Guer. Jud.*